Durante toda su vida, como el doctor Gardiner dice muy bien, Cromwell fué el verdadero tipo del inglés. En los primeros años de su existencia, sobre todo, mostrábase tranquilo y sereno exteriormente, pero siempre estaba agitado en su interior; se consagraba á sus tareas ordinarias con una resolución ejemplar, y preparábase, sin echarlo de ver, para el destino que debía conducirle, después de numerosas fatigas y vicisitudes, al cargo más elevado de la nación.

CAPITULO II

Cromwell ingresó en el Parlamento como diputado por Huntingdon en marzo de 1627 ó 1628, á los veintinueve años de edad. El hecho de habérsele elegido tan joven, relativamente, para un cargo tan importante, á pesar de que no era rico y de que su familia no tenía la menor influencia, prueba que su ambición de servir á la patria en un cargo público, y su disposición para desempeñarle, eran cosas bien conocidas.

En el Parlamento, Cromwell no hizo al principio nada más que votar, formando parte de varias comisiones. Hasta febrero de 1628 ó 1629 no pronunció su primer discurso, del cual conservamos algún fragmento. Era individuo de un comité religioso, constituído para informar sobre el estado á que los obispos habían llevado la Iglesia y sus ceremonias; y en calidad de tal dijo en la Cámara: «que había oído contar por un Dr. Beard que el Dr. Alabaster había predicado en Paul's Cross llanamente en sentido papista y que el obispo de Winchester le había ordenado, como diocesano, que no predicara nada en contrario. Mannering, tan censurado en esta Cámara por su sermón, ha sido recompensado por el mismo obispo con una rica prebenda. Si este es el modo de alcanzar dignidades eclesiásticas, ¿qué podemos esperar?»

En aquel discurso no se encuentra nada notable; sin embargo, merece consignarse como dato muy significativo, que la religión y no la política fué lo que primero le indujo á lanzarse en la palestra. Aunque sus constantes relaciones con los hombres y su práctica en los asuntos públicos, así como la presión de las circunstancias en su época, le condujeron á ser inteligente administrador, y aún mejor soldado, la religión, tal como la consideraba, fué siempre para él preferente á todo. La repulsión que á los hombres inspiró y aún inspira la «hipocresía de Cromwell» se funda en la completa falta de comprensión del principio en que se inspiró, del eje sobre el cual giraron la vida y la conducta de aquel hombre.

Cromwell no fué nunca fanático; aborrecía la estrechez de ideas y consideraba que las prácticas inquisitoriales para sondear las conciencias de los demás hombres, prácticas á que se mostraban tanto ó más inclinados que los sacerdotes los llamados presbíteros escoceses, eran injustificables é inoportunas. Pero, á

decir verdad, el culto religioso libre, permitiendo la predicación del Evangelio de Jesucristo, ligaba tanto el corazón de Cromwell como el de un ministro de cualquiera creencia. Se asegura que en los últimos y peores días del poder de Laud la casa de Cromwell fué refugio para los predicadores perseguidos de todas las opiniones. Sabemos que como general, como individuo del Parlamento y como Protector, arriesgó el poder, su reputación y hasta su vida, por su firmeza en sostener la tolerancia hacia todas las religiones, el respeto á las «conciencias tiernas.»

Este fué el lado más digno de elogio de la creencia religiosa de Cromwell; pero ésta ofreció otro aspecto, indudablemente mal comprendido, al que se han atribuído las más funestas consecuencias cuando quiso llevarlo á la práctica. Interpretó la Biblia como todos los puritanos, es decir literalmente, y aunque nunca descendió á la extravagancia de ciertas sectas, cuando se persuadía de que tal ó cual manera de obrar estaba conforme con la voluntad de Dios, según se expresa en las Escrituras, ninguna consideración humanitaria, ni siquiera de simple justicia, podía hacerle retroceder. Esta tendencia se desarrolló en él con la edad, y cuando fué Protector, debilitó su política extranjera, y hasta obscureció su clara inteligencia en los asuntos domésticos, siendo causa de que se desconfiara de él y se le aborreciera donde hubiera podido ser amado. Sin embargo, sobre todo esto predominaba su sinceridad absoluta; y pocos hombres obtuvieron de la religión tanta fortaleza y consuelo como él. Tan sólo observando su conducta en días de apuro y de peligros se puede reconocer cuánto vale para un hombre la religión. En el caso de Cromwell, durante los seis fatigosos años de la guerra civil, y en los tiempos aún más penosos de la lucha en Irlanda y Escocia, hasta la suprema hora antes de la batalla de Dumbar, cuando le rodeaban tristes é inevitables desastres, su simple fe en Dios y su tranquilidad de espíritu, cuando todos cuantos le rodeaban desfallecían, le colocan en primera línea entre los hombres que *han creído.*

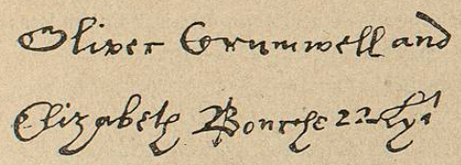
El Parlamento de 1628 á 1629 se disolvió por Real pragmática después de la famosa escena en que Denzil Holles obligó al presidente de la Cámara á permanecer por fuerza en su sillón, aprobándose á continuación enérgicas medidas contra el «arminianismo» en la Iglesia y contra los impuestos ilegales del rey. Aquel Parlamento fué el último que Carlos convocó en un período de once años.

Durante aquel tiempo Cromwell pasó por muchas vicisitudes. Hacia el año 1631 vendió su propiedad de Huntingdon para trasladarse á Saint Ives, donde arrendó tierras de pastos, dedicándose á la ganadería. Allí estuvo hasta 1636; mas habiendo fallecido en enero de aquel año su tío Sir Thomas Steward, hermano de su madre, dejándole heredero único de sus posesiones y de su casa de Ely, su familia se trasladó á este punto antes del verano, y fué á vivir en la casa granja que Sir Thomas había administrado durante muchos años, pues el heredero quiso continuar el negocio.

Esta casa, llamada «Casa de Cromwell,» se mantiene todavía en pie, siendo

la única morada auténtica que del Protector nos ha quedado; y gracias á la cortesía de su dueño actual, Mr. Stephen Coxon, hemos podido recorrerla y ver todas sus habitaciones una por una. Es un sencillo edificio de ladrillo, con tejado en caballete, de color pardusco, y da al camino principal que conduce desde Cambridge al Norte. A la izquierda de la puerta, según se entra, hay una habitación de regulares dimensiones, cuyas paredes están revestidas de tableros de roble que llegan hasta el techo: parece que este aposento estaba ocupado por la familia de Cromwell. A la derecha hay otra habitación que el actual propietario utiliza como despacho, pero que en tiempo de Cromwell era probablemente una antecámara: de ella parte un corredor estrecho y obscuro, que conduce á las demás piezas de la casa; y á la izquierda, una escalera muy empinada y poco ancha se eleva en espiral hasta el piso superior, mientras que el pasadizo, arrancando en línea recta, se prolonga después, formando graciosas curvas irregulares, hasta las dependencias posteriores, las despensas, la cocina, etc. Antes de llegar á éstas se encuentra la habitación en que se supone que Cromwell tenía su despacho y biblioteca; ahora está destinada á laboratorio; tiene una forma extraña, y en ella se ven varios armarios profundos practicados en las paredes. La prueba de que esta era la habitación particular de Cromwell se funda en el hecho de que hay una puerta excusada, con salida al exterior, por la cual entraban los labradores para pagar sus plazos de arriendo. En la parte superior de la escalera se encuentra un reducido tramo y una puerta que conduce á dos habitaciones, donde se supone que la anciana madre de Cromwell tenía sus aposentos particulares; y al fin de la escalera hay otros seis bastante espaciosos; de modo que, teniendo en cuenta las necesidades de la época, la casa debía ser bastante grande para la familia de Cromwell.

Isabel Bourchier, esposa de Oliverio Cromwell
Copia del original de Samuel Cooper



Firmas autógrafas de los esposos Oliverio Cromwell é Isabel Bourchier

De todos modos, era edificio por demás modesto para un hombre cuyas rentas, gracias á la herencia de su tío, no debían bajar mucho de 2.000 libras esterlinas al año; mas esto era sumamennte característico de Cromwell en aquel tiempo. Aunque sus más crueles enemigos no le acusan de avaricia, debilidad de que no estuvo sin duda exenta su esposa, la verdad es que se demostraba del todo indiferente á las apariencias exteriores. Mientras una casa pudiera satisfacer las necesidades de su familia, nunca le hubiera ocurrido trasladarse á otra morada más lujosa por el afán de ostentación.

En aquella pequeña casa la familia de Cromwell vivió aproximadamente hasta 1647, libre de peligros, dentro de los límites de la Asociación de los Condados orientales, durante aquellos cinco angustiosos años de lucha. Nada sabemos de su género de vida en Ely: dos de sus hijas, María y Francisca, nacieron allí, y allí también murió el hijo mayor, Roberto; mientras que otras dos, Brígida y Betty, dejaron la casa con motivo de su casamiento. De Ely salió Cromwell en 1640 en dirección á Londres á fin de asistir al Parlamento Largo; y del mismo punto partió en 1642, á la cabeza de sus primeras tropas, para reunirse con lord Essex delante de Edgehill; en 1644 emprendió un viaje hacia el Norte desde Ely para encargarse del mando de la caballería y alcanzar gloria en Marston Moor.

La casa que hemos descrito, aunque insignificante y tranquila, está llena de recuerdos de aquella tempestuosa época; y si alguna vez llegase el día en que los ingleses comprendieran todo cuanto deben á Cromwell, esa morada alcanzaría el precio de una gran posesión nacional.

El 3 de noviembre de 1640 se reunió al fin el Parlamento Largo y Cromwell ocupó otra vez su lugar como individuo de la Cámara de los Comunes, representando entonces á la ciudad de Cambridge. Las nubes que se habían acumulado durante tanto tiempo en el horizonte político eran cada vez más amenazadoras, pues el rey necesitaba dinero á toda costa y estaba resuelto á obtenerle por cualesquiera medios; mientras que su Parlamento había decidido, por su parte, no votar un cuarto sin garantías de que se adoptarían reformas completas en la Iglesia y el Estado, y de que se extirparían todos los abusos.

Ante todo se fijó la atención en el asunto referente á la reforma de la Iglesia, y en esto comenzó á distinguirse Cromwell desde luego, por ser individuo de un comité formado para examinar los casos de Prynne, Bastwick y Burton, las víctimas más conocidas de los tribunales eclesiásticos. Entonces presentó á la Cámara varias peticiones en favor de otras personas, mutiladas por la feroz policía de Laud, que había hecho cortar las narices á unos y las orejas á otros, marcándolos después con un hierro candente. Semejantes infamias despertaron tan furiosa indignación en Cromwell, que muy pronto solicitó las más extremadas medidas contra la Prelacía, y no se detuvo en pensar qué consecuencias podría tener la derogación del ritual establecido, ó si lo pensó, no quiso que el temor á las dificultades del futuro fuera un obstáculo para llevar á cabo la reforma que

proyectaba. En 1641 preparó, con Vane el joven, una medida para la abolición del episcopado; y en el mismo año fué elegido para formar parte de un comité

Cromwell en su granja de Saint Ives, cuadro de Ford Madox Brown

encargado de estudiar los medios para mejorar la condición de los sacerdotes predicadores. Pero aunque Cromwell trabajaba de firme, pensaba mucho también, y con no poca frecuencia habló en el Parlamento. Sin embargo, no era jefe en modo alguno, ni siquiera de la sección á que pertenecía; aún estaba en su

aprendizaje, no obstante lo cual llamó la atención por la firmeza de sus convicciones, por su fuerza de voluntad y por la energía que manifestaba en sus discursos, más bien que por la elocuencia ó la originalidad de su palabra. Sencillamente, pero con el mayor empeño y decisión, hizo purificar la religión del país, tal como él la concebía, desterrando la superstición y la idolatría, para concluir después con el poder de los obispos y del alto partido clerical.

Esta cuestión era para Cromwell tan clara como la luz del sol. Pertenecía á la clase que más había sufrido por el despotismo de Laud; pero no tenía el menor interés en el mantenimiento de ninguna forma de culto establecida. Laud, después de oprimir gravemente á los puritanos, quiso oponerse á toda libertad del pensamiento y pretendió con medios violentos mantener el ritual y las observancias que muchos verdaderos cristianos aborrecían; pero al fin las víctimas se resistieron. Cromwell era simplemente un representante forzoso de ellas, y diferenciábase tan sólo de los hombres en cuyo favor luchaba por su fuerza de voluntad, por su claro talento para ver qué conducta se debía adoptar en una crisis y principalmente por su aptitud para aprovecharse de las lecciones de la experiencia y por su tolerancia con todas las ideas. No nos corresponde dar cuenta de las luchas entre Carlos y su pueblo, luchas que gradualmente condujeron á una contienda entre los que creían conservar la actual constitución de la Iglesia y del Estado después de introducidas ciertas reformas, y los hombres que no veían otro remedio que desarraigar todas las antiguas tradiciones y suprimir el episcopado «con todo cuanto de él dependiese.»

Muchos han supuesto que la guerra civil fué debida á la sublevación del pueblo contra Carlos á causa de los abusos de su poder constitucional; pero esto es un error. Como el Dr. Gardiner nos dice con la mayor claridad en su *Historia de la guerra civil*, no podía haber lucha sobre este punto, porque el rey hubiera sido juzgado por la nación unida, que le habría obligado á ceder á todas sus reclamaciones, ó bien á abdicar sin ningún derramamiento de sangre. Lores y Comunes, eclesiásticos, caballeros y puritanos estaban igualmente resueltos á conseguir que los empréstitos forzosos y los impuestos ilegales de toda especie se suprimieran de hecho, y que los gastos del país se sometieran á la intervención del Parlamento. La Inglaterra puritana no desenvainó el acero para combatir los abusos del poder civil, por evidentes que fueran, sino en defensa de sus convicciones religiosas.

«En la gran mayoría de los ingleses, escribe el Dr. Gardiner, la creencia religiosa fué el único alimento intelectual, y los libros religiosos la única literatura.»

La Biblia, últimamente traducida al inglés, fué leída con el mayor afán, con la más concentrada fe, y se rechazaron con indignación las peticiones del clero que reclamaba la «autoridad» divina. Por otra parte, los episcopalanios, aun aquellos que profesaban opiniones moderadas, por dispuestos que estuviesen á censurar las medidas extremas adoptadas por los prelados para conducir al redil á las ovejas descarriadas, se escandalizaron ante la imprevista rudeza con que

se pedía la libertad de conciencia, particularmente porque los que la reclamaban eran hombres de la clase media y hasta de las más humildes de la sociedad. La aristocracia también, alarmada ante aquellas señales de independencia del pensamiento y del espíritu por parte de los que consideraba como inferiores en posición, comenzó á agruparse lenta, pero continuamente, alrededor del rey.

Era seguro que Cromwell tomaría una parte importante en semejante lucha. De opiniones esencialmente democráticas, no vió peligro alguno en que el pueblo mirara por sus intereses. Con los ojos fijos en la tiranía eclesiástica del pasado, y deseando con toda su alma la libre tolerancia de las religiones, prosiguió

Casa de Cromwell en Ely, hoy propiedad de Mr. Stephen Coxon

su marcha resueltamente para reformar las condiciones de la Iglesia. Transcurrieron algunos meses de verdadera ansiedad, pasados los cuales y establecida una completa unión entre los parlamentarios, se envió á Strafford al cadalso y se obligó al rey á hacer varias concesiones, y por último, en enero de 1642, á trasladarse desde Whitehall á Hampton Court, y de aquí al condado de York, seguido tan sólo de su servidumbre y de «algunos centenares de caballeros.»

Sin embargo, el abismo abierto entre los episcopalianos y los disidentes, entre la aristocracia y la democracia, se había ensanchado cada vez más, hasta que la guerra fué al fin inevitable. Si Carlos hubiese comprendido el espíritu de la época, ó si no se hubiera casado con una mujer católica romana, habría podido salvar su corona, impidiendo la guerra civil, aún en la primavera de 1642. Una firme adhesión al episcopado moderado, la abstención de toda intriga con los católicos irlandeses, la fe en su pueblo y ante todo la rectitud, hubieran atraído á su favor á todos los ingleses amantes del orden y de la vida tranquila más bien que de las reformas en la ley y la religión. Pero no había de ser así: débil cuan-

do debió ser fuerte, orgulloso cuando debía inclinarse ante lo inevitable, falso en sus tratos con todos, Carlos se perdió como merecía perderse. Titulándose jefe de la Iglesia de Inglaterra, se descubrió que intrigaba tenebrosamente con los irlandeses católicos, solicitando la confianza de los Comunes y mostrándose dispuesto á concederles la dirección temporal de la milicia; y mientras por un lado acudía al príncipe de Orange para que enviase un ejército por el Canal á fin de acabar con los «traidores,» escribía por otro á los escoceses, á los «leales caballeros de York» y á todos cuantos consideraba buenos para realizar sus propósitos. Así probaba á sus más leales súbditos que la corona y su propio interés personal eran para él más preciosos que el bienestar de su país y más sagrados que la palabra empeñada.

En abril de 1642, la disidencia entre Carlos y su pueblo llegó á su colmo, y por las intimaciones del rey á la ciudad de Hull y la negativa de Sir John Hotham, su gobernador, á entregar la plaza sin anuencia del Parlamento, la guerra quedó virtualmente declarada.

Era llegado el tiempo de que los puritanos aunaran sus esfuerzos y adoptasen medidas para defender, no sólo sus personas, sino la causa que habían abrazado con el mayor ardimiento. El porvenir debía parecer muy tenebroso á hombres tales como Cromwell y Hampden; pero sus deberes estaban trazados claramente. Con tristeza, pero resueltamente, recogieron el guante arrojado por Carlos; la ruina les amenazaba, pero la aceptaron, y con ella la muerte misma, dispuestos á todo antes que ceder.

CAPITULO III

Uno de los primeros que salió de Londres á fin de comenzar los preparativos para hacer un llamamiento á las armas fué Oliverio Cromwell, diputado por Cambridge. En este punto comenzamos á encontrar en los periódicos, sobre todo en los *Diarios de los Comunes,* recuerdos de la época y también breves alusiones á los movimientos de Cromwell, que había salido ya de la obscuridad. En abril de 1642 se le cita como suscriptor por la cantidad de 500 libras esterlinas – más de la cuarta parte de sus rentas (1) – para formar un fondo de auxilios destinado á socorrer «á los pobres protestantes irlandeses;» y el 15 de julio propuso «que se permitiera á los ciudadanos de Cambridge organizar dos compañías de voluntarios, eligiendo sus capitanes (2).» En el mismo día se leyó en el *Diario de los Comunes:* «Como quiera que Mr. Cromwell ha enviado armas á Cambridge para la defensa del condado, se acuerda en el día de hoy (3) que las 100 libras empleadas con este objeto le sean algún día reintegradas.» Cromwell consideró sin duda este acuerdo como una autorización del Parlamento para proceder así, más bien que como una garantía de la devolución de su dinero, la cual no se sabe que se efectuara nunca.

Antes de esto se hallaba en su condado natal alistando sus primeras tropas y aprendiendo él mismo la instrucción militar para enseñar á sus hombres los primeros rudimentos. Lenta y enojosa tarea debió ser aquella, que sin duda exigía gran dosis de paciencia, de actividad y perseverancia por ambas partes. No eran figuras heroicas las de aquellos futuros soldados; no tenían uniforme alguno; su armadura se componía simplemente de coraza y casco, sin el menor adorno (4), y sus armas consistían en una larga espada recta, de mucho peso, y un par de pistolas. ¡Qué tormento debía ser para aquellos hombres, noveles en el oficio, usar un equipo tan pesado, sobre todo en los calurosos días de junio y julio, y aprender lenta y laboriosamente, por una práctica constante, el manejo

(1) Rushworth, lv. 564.
(2) D'Ewes MSS., f. 658-661.
(3) *Diario de los Comunes*, II, 674.
(4) Se ha dicho que los «Costillas de Hierro,» según los llamaron, eran coraceros, es decir, hombres que llevaban armadura completa; pero esto no es verdad. Iban equipados como hemos dicho, y se les dió el nombre de «arcabuceros.»